

ban nuestras tiendas, daban un poco de cebada á nuestros caballos y encendian la lumbre junto á un arco que sirvió sin duda de entrada á aquel puerto.

Los árabes dan á este sitio un nombre que significa *peñasco cortado*. Los cruzados le llaman en sus crónicas Castel peregrino ó *castillo de los peregrinos*; pero no he podido descubrir el nombre de la ciudad intermedia, griega, judía ó romana, á que pertenecian los grandes restos que nos habian atraido. Al dia siguiente continuamos costeando las orillas del mar hasta Cesarea, á donde llegamos hácia el medio dia, despues de haber cruzado por la mañana un rio que los árabes llaman Zirka, y que es el rio de los cocodrilos de Plinio.

Cesarea, la antigua y espléndida capital de Heródes, no tiene ya ni un solo habitante; sus murallas, reedificadas por san Luis durante su cruzada, están sin embargo intactas, y todavía hoy servirian de excelentes fortificaciones á una ciudad moderna. Cruzamos por un puente de piedra el profundo foso que la rodea, y entramos en el laberinto de piedras, de cuevas entreabiertas, de restos de edificios, de fragmentos de mármol y de pórfido de que está atestado el solar de la antigua ciudad; hicimos salir tres chacales del seno de los escombros que resonaban bajo las pisadas de nuestros caballos; buscábamos la fuente que nos habian indicado, y que con dificultad hallamos en la estremidad

oriental de aquellas ruinas, y nos acampamos junto á ella. Hácia el anochecer llegó á aquel sitio un pastorcillo árabe con un innumerable rebaño de vacas negras, de carneros y de cabras; cosa de dos horas pasó ocupado constantemente en sacar agua de la fuente para abreviar sus reses que aguardaban con paciencia su turno, y se retiraban en orden despues de haber bebido, como si hubieran ido dirigidas por mayores. Aquel muchacho, enteramente desnudo, iba montado en un borrico; salió el último de las ruinas de Cesarea, y nos dijo que todos los dias acudia de aquella suerte, de sobre dos leguas, á llevar al abrevadero los ganados de su tribu, establecida en la montaña: aquel fué el único encuentro que tuvimos en Cesarea, en aquella ciudad donde Heródes, segun el testimonio de Josefo, acumuló todas las maravillas de las artes griegas y romanas, donde abrió un puerto artificial que servia de abrigo á toda la marina de Siria. Cesarea es la ciudad donde San Pablo estuvo prisionero y pronunció, para su defensa y la del cristianismo naciente, aquella hermosa arenga conservada en el capítulo 26 de los Hechos de los apóstoles. Cornelio el centurion y Felipe el Evangelista eran de Cesarea, y en el puerto de esta ciudad fué tambien donde se embarcaron los apóstoles para ir á sembrar la palabra evangélica por Grecia é Italia.

Pasamos la tarde recorriendo las ruinas de la ciudad, y recogiendo fragmentos de esculturas, que luego tuvimos que dejar en su sitio por falta de medios de transporte.—Hermosa noche al abrigo del acueducto de Cesarea.

Continuamos nuestro camino atravesando un desierto de arena cubierto en algunos puntos de arbustos y aun de bosques de encinas que sirven de asilo à los árabes. M. de Parseval se duerme á caballo; la caravana le deja atras; lo echamos de ver; suenan à lo lejos dos tiros; partimos à galope para acudir en su auxilio, disparando algunos pistoletazos para espantar à los árabes; por fortuna no habia sido acometido y habia disparado sus dos tiros sobre unas gacelas que cruzaban el llano. Llegamos por la tarde, sin haber hallado una sola gota de agua, junto à la aldea àrabe llamada El-Mukhalin: un inmenso sicomoro colocado como una tienda natural en la falda de una pelada y polvorosa colina nos atrae y nos sirve de abrigo. Nuestros árabes van à la aldea à preguntar el camino de la fuente; se le indican, y todos acudimos à ella. Bebemos, nos bañamos la cabeza y los brazos, y volvemos al campamento, donde nuestro cocinero ha encendido lumbre al pié del sicomoro, cuyo tronco està ya calcinado por las sucesivas lumbradas de los millares de caravanas que sucesivamente han disfrutado de su sombra: todas nuestras tiendas y todos nuestros caballos están à cubierto

bajo sus inmensas ramas. El jeque de El-Mukhalid viene à traerme melones, se sienta bajo mi tienda, y me pide noticias de Ibrahim-Bajá, y algunos remedios para él y para sus mugeres: le doy algunas gotas de agua de colonia y le convido à cenar con nosotros. Acepta, y nos cuesta no poco trabajo sacudirnos de él.

Hace una noche calorosísima; no puedo respirar bajo la tienda; me levanto y voy à sentarme junto à la fuente, debajo de un olivo. La luna iluminaba toda la tierra de Galilea que ondula graciosamente en el horizonte, à cosa de dos leguas del sitio en que estoy acampado; es la mas hermosa línea de horizonte que jamas he visto. Los primeros ramos de lila de Persia que penden en racimos por primavera no tiene un matiz morado mas fresco y lozano que estas montañas à la hora à que las contemplo. A medida que la luna asciende y se acerca à ellas, su matiz se oscurece y se va haciendo mas purpureo; sus formas parecen móviles como las de las grandes olas que se ven en plena mar al ponerse el sol en una serena tarde. Todas estas montañas tienen ademas un nombre y una tradicion en la primera historia que nuestros ojos infantiles han leído sobre las rodillas de nuestra madre. Sé que la Judea està allí, con sus prodigios y sus ruinas; que Jerusalem està sentada detras de uno de aquellos cerros; que ya no me sepa-

ran de ella mas que algunas horas de camino y que casi toco á uno de los mas deseados terminos de mi largo viage.

Gozo de este pensamiento, como goza el hombre siempre que toca á uno de los objetos, aunque sean insignificantes, que le ha señalado una pasion qualquiera; empleo una ó dos horas en gravar aquellas líneas, aquellos colores, aquel cielo trasparente y rosado, aquella soledad, aquel silencio, en mi memoria. La humedad de la noche cae y moja mi capa; vuelvo á la tienda y me duermo. Hacia apenas una hora que estaba dormido, cuando me despertó un ligero rumor; me incorporo y miro en derredor de mí. Una de las puntas de la lona que formaba la tienda estaba levantada para dejar entrar la brisa de la noche; la luna iluminaba de lleno el interior; —veo un enorme chacal que entraba cautelosamente y me miraba con ojos de fuego; — cogí mi escopeta y asustado por el movimiento, huyó á todo correr. Volvíme á dormir. Despertado segunda vez, veo al chacal á mis piés, olfateando mi capa, y próximo á asir mi hermoso galgo que dormia sobre la misma estera que yo, —hermoso animal que no se ha separado de mí hace ocho años y que yo defenderia como una parte de mi vida, á riesgo de mi persona. Por fortuna le habia cubierto con una punta de mi capa, y dormia tan profundamente que nada habia oido, ni sospechaba el ries-

go que corria: si tardo un segundo en despertarme, el chacal asia de él y se lo llevaba para devorarlo en su madriguera. Lanzo un grito, y se despiertan mis compañeros; ya estaba yo fuera de la tienda y habia disparado un tiro, pero el chacal estaba lejos, y al dia siguiente ningun rastro de sangre probaba que se hubiese satisfecho mi venganza.

Partimos á la luz de los primeros rayos que blanquean las colinas de Judea; seguimos una serie de ondulosos collados fuera de la vista del mar; el calor nos fatiga mucho, y el mas profundo silencio reina en toda la caravana; á las once llegamos, rendidos de sed y de cansancio, junto á las escarpadas orillas de un rio que estiendo sus sombrías aguas entre dos márgenes coronadas de largas espadañas: —es preciso tocar sus aguas para verlas. Manadas de búfalos silvestres están tendidas en los juncos y en el rio y levantan sus cabezas por cima del agua; así pasan inmóviles las mas ardientes horas del dia. Nos miran sin hacer un movimiento; vadeamos el rio y llegamos á un kan abandonado: los árabes llaman en el dia á este rio *Nahr-el-Arsuf*. Por aquí debia estar situada la antigua Apolonia, á ménos que determiné su situacion otro rio que atravesamos una hora despues y que se llama ahora *Nahr-el-Pétras*.

Nos tendemos sobre nuestras esteras, en las fres-

cas y oscuras cuevas que son lo único que queda del antiguo kan. Apenas estábamos sentados alrededor de un plato de arroz frio que nos habia traído el cocinero para almorzar, cuando una enorme serpiente de ocho piés de largo y gruesa como el brazo, salió de uno de los boquetes de la tapia y vino á desarrollarse entre nuestras piernas; precipitámonos huyendo de ella hácia la entrada del subterráneo; pero ella llegó antes que nosotros, y se perdió lentamente, haciendo vibrar su cola, como la cuerda de un arco, entre las espadañas que coronaban el rio. Su piel era de un bellissimo azul turquí. Resistíásenos volver á nuestro refugio; pero el calor era tan recio que hubimos de resignarnos, y nos dormimos, teniendo por cabecera nuestras sillas de montar, sin pensar en las malas visitas de aquella especie que podian turbar nuestro sueño.

A las cuatro de la tarde volvemos á montar á caballo, veo sobre un cerrillo á corta distancia del rio, un ginete árabe, con una escopeta en la mano, y acompañado por un esclavo mozo á pié. Parecia que iba de caza; á cada instante paraba su caballo y nos miraba desfilár con muestras de indecision é interés: de pronto parte á galope, se adelanta hácia mí y dirigiéndome la palabra en italiano, me pregunta si no soy el viagero que está recorriendo la Arabia, y cuya prócsima llegada á Jafa han anunciado los cónsules europeos: me nom-

bro, se apea del caballo y quiere besarme la mano. —Yo soy, nos dijo, el hijo de M. Damiani, vicecónsul de Francia en Jafa. Prevenido de la llegada de vd. por cartas que ha traído de Saide un buque inglés, vengo hace algunos dias á cazar gacelas por este lado para descubrirlos á vdes. y llevarlos á casa de mi padre. Nuestro apellido es italiano, y nuestra familia oriunda de Europa, aunque está establecida en Arabia desde tiempo inmemorial; somos árabes, pero tenemos un corazon francés; y miráramos como un baldon y como un insulto á nuestros sentimientos que aceptásen vdes. la hospitalidad en otra casa que en la nuestra. Acuérdense vdes. de que nosotros somos los primeros que los hemos tocado, y de que, en Oriente, el primero que toca á un estrangero, tiene el derecho de ser su huésped: se lo prevengo á vd., añadió, porque otras muchas casas de Jafa han sabido que vienen vdes. por cartas que ha traído el mismo buque, y van á salirles á vdes. al encuentro apénas mi esclavo haya auunciado en el pueblo que se acercan vdes. —Apenas acabó su discurso, dijo algunas palabras en árabe al esclavo, y este, montando en la yegua de su amo, desapareció en un momento detras de los cerros de arena que limitaban el horizonte. Hice dar á M. Damiani uno de los caballos de mano que llevaba de repuesto, y tomamos lentamente el camino de Jafa, que todavía no veíamos. Al cabo de dos horas de mar-

cha, vimos al otro lado de un gran río que aun nos faltaba cruzar, como hasta unos treinta ginetes, cubiertos con los mas ricos trages y espléndidamente armados, montados en bellísimos caballos àrabes que caracoleaban por la playa del río: lanzaron sus caballos hasta la corriente, prorumpiendo en alta gritería y disparando pistoletazos para saludarnos;—eran los hijos, deudos y amigos de los principales vecinos de Jafa que nos salieron al encuentro. Todos ellos se acercaron á mí, me hicieron su cumplido, al que respondí por conducto de mi dragoman, ó bien en italiano á los que entendían esta lengua; colocáronse en derredor nuestro, y corriendo aquí y allí por la arena, nos dieron el vistoso espectáculo de una de aquellas carreras de *djerid*, en que los ginetes àrabes despliegan todo el vigor de sus caballos y toda la destreza de sus brazos. Acercábamosen á Jafa, y la ciudad empezaba à alzarse delante de nosotros sobre un collado que se avanza dentro del mar: el aspecto que presenta es verdaderamente mágico cuando se llega á ella por este lado del desierto. Al poniente baña los pies de la ciudad el mar, que siempre despliega allí inmensas oleadas espumosas sobre los arrecifes que forman el circuito de su puerto; por el lado del norte, que era por el que llegábamos; está rodeada de jardines deliciosos, que parece que salen por encantamiento del desierto, para coronar y sombrear sus murallas: se anda bajo la alta y

aromática bóveda de una selva de palmeras, de granados cubiertos de sus estrellitas coloradas, de cedros marítimos de hoja de encaje, de naranjos, de higueras, limoneros grandes como nogales de Europa, y doblegándose bajo el peso de sus frutos y de sus flores; el aire no es mas que un perfume agitado y difundido por la brisa del mar; el suelo está todo alfombrado de azahar, y el viento le barre como en nuestros países barre las hojas secas en otoño; de trecho en trecho, fuentes turcas de mosaico de mármoles de varios colores, con tazas de cobre atadas con cadenas, ofrecen su agua límpida al transeunte, y están siempre rodeadas de un grupo de mugeres que se lavan los piés y cogen agua en urnas de formas antiguas. La ciudad eleva sus altos minaretes, sus azoteas almenadas, sus agimeces morunos, del seno de aquel océano de arbustos embalsamados, y se desprende, al oriente, del fondo blanco de arena que estiende inmediatamente detras de ella el inmenso desierto que la separa de Egipto. Junto á una de aquellas fuentes descubrimos de pronto una tercera cabalgata, á cuya cabeza se adelantaba un caballero en una yegua blanca, M. Damiani el padre, agente consular de varias naciones europeas, y uno de los personajes mas importantes de Jafa. Su traje grotesco nos hizo sonreir; llevaba un viejo gabán azul celeste, forrado de armiño, y ceñido con un cinturón de seda carmesí; sus piernas desnudas

salian de un ancho pantalon de muselina sucia, y cubria su cabeza un inmenso sombrero de tres picos, pulimentado por los años y empapado de sudor y de polvo, que atestiguaba numerosos servicios durante la campaña de Egipto; pero la escelente acogida y patriarcal hospitalidad de nuestro antiguo vice-cónsul atajaron la sonrisa en nuestros labios y no dejaron cabida en nuestros corazones mas que para la viva gratitud que le manifestamos. Acompañábanle varios de sus yernos hijos y nietos, todos á caballo como él: uno de sus nietos, muchacho de doce á catorce años, que cacoleaba en una yegua árabe, sin brida, alrededor de su abuelo, es sin duda la mas admirable figura de niño que he visto en mi vida.

M. Damiani echó á andar delante de nosotros, y nos condujo en medio de una inmensa poblacion apiñada al rededor de nuestros caballos, hasta la puerta de su casa, donde nuestros nuevos amigos nos saludaron y nos dejaron al cuidado de nuestro huésped.

La casa de M. Damiani es pequeña, pero está admirablemente situada en lo mas alto de la ciudad, señoreando los tres horizontes del mar, de la costa de Gaza y de Ascalon hácia el Egipto, y de la playa de Siria por el lado del Norte. Los cuartos están rodeados y coronados de azoteas descubiertas, por donde circula la brisa marina, y desde

donde se descubre, á diez leguas en el mar, la menor vela que cruza el golfo de Damietta. Estos cuartos no tienen ventanas; el clima hace que sean supérfluas. El aire tiene siempre el temple tibio de nuestros mas hermosos dias de primavera; una mala pantalla es el único obstáculo que se interpone al paso del sol. Se dividen con las aves del cielo aquellas moradas que el hombre se ha preparado; y en el salon de M. Damiani, en las especies de bazares de madera que se estienden alrededor de la estancia, centenares de golondrinas de collar rojo estaban posadas al lado de las porcelanas de la China, de las tazas de plata y de los tubos de pipas que decoran las cornisas: todo el dia révoloteaban encima de nuestras cabezas, é iban, durante la cena, á suspenderse hasta sobre los brazos de cobre de la lámpara que alumbraba la mesa.

La familia se compone de M. Damiani el padre, figura indecisa entre el patriarca y el mercader italiano, pero en que predomina el patriarca;—de madama Diamani la madre, hermosa árabe, madre de doce hijos, pero que todavía conserva en sus formas y en su cutis el brillo y la frescura de la belleza turcas; de varias jóvenes, casi todas de notable hermosura, y de tres hijos, de los cuales ya conocemos al mayor: los otros dos fueron para nosotros igualmente obsequiosos y útiles. Las mugeres no subian á las habitaciones; solo una vez se

presentaron vestidas de ceremonia y cubiertas de sus mas ricas joyas, y una sola vez se sentaron á la mesa con nosotros: lo restante del tiempo, estaban ocupadas en prepararnos las comidas en un patio interior, donde las veiamos siempre al salir y al volver á la casa. Los jóvenes, criados en el respeto que las costumbres orientales imponen á los hijos hácia los padres, tampoco se sentaban nunca con nosotros á la mesa: estaban en pié detras de su padre y cuidaban de que nada faltase á los convidados.

Apénas entramos en la casa, recibimos la visita de un gran número de personas del pueblo que acudieron á darnos el parabien por nuestra llegada y á ofrecernos sus servicios: tomamos el café, trajeron pipas, y pasamos la tarde entre las conversaciones, interesantes para nosotros, que provocaba nuestra curiosidad. El gobernador de Jafa, á quien envié á saludar por medio de mi intérprete, no tardó en venir en persona á visitarnos: era un joven y bizarro árabe, vestido con suma riqueza, y cuyos modales y lenguaje revelaban una nobleza de corazon y una refinada elegancia de hábitos. Pocas cabezas de hombre mas hermosas he visto en mi vida: su barba negra y muy cuidada descendia en lucientes ondas y se estendia en forma de abanico sobre su pecho; su mano, en cuyos dedos brillaban enormes diamantes, revolvía continuamente las olas de aquella hermosa barba, y pasaba y repasaba sin

cesar sobre ella para alisarla y peinarla; su mirada era soberbia, dulce y franca, como la de todos los turcos en general:—se conoce que estos hombres no tienen nada que ocultar;—son sinceros porque son fuertes, son fuertes porque nunca se apoyan sobre sí mismos y sobre una vana habilidad, sino siempre sobre la idea de Dios que lo dirige todo, sobre una Providencia á que dan el nombre de fatalidad. Pongamos á un turco entre diez europeos, y siempre le reconoceremos por la elevacion de la mirada, la gravedad del pensamiento impresa en sus facciones por la costumbre, y la noble sencillez de la espresion. El gobernador habia recibido de Mehemet-Alí y de Ibrahim-Bajá cartas que me recomendaban eficazmente á él: hícele leer otra de Ibrahim que yo llevaba conmigo, y cuyo tenor era el siguiente:

“Me han informado de que nuestro amigo (aquí mi nombre) ha llegado de Francia con su familia y varios compañeros de viage, para recorrer los países sometidos á mis armas y conocer nuestras leyes y costumbres. Es mi voluntad que tú, y todos mis gobernadores de ciudad ó de provincia, los comandantes de mis escuadras, los generales y oficiales que mandan mis ejércitos, le deis todas las muestras de amistad, le hagais todos los servicios que me impone mi afecto á él y á su nacion:—le proporcionaréis, si lo pide,

“ las casas, los caballos, los víveres que necesite para él y para su comitiva. Le facilitaréis los medios de visitar todas las partes de nuestros estados que de ese ver; le dareis escoltas tan numerosas cual lo esija su seguridad, de que respondéis con vuestra cabeza; y aun si llegase el caso de que experimentase dificultades para penetrar en ciertas provincias de nuestro dominio, por oposicion de los árabes, pondréis en movimiento vuestras tropas para asegurar sus escursiones, &c. &c.”

Puso el gobernador esta carta sobre su frente despues de haberla leído, y me la entregó: preguntóme qué debia hacer para ejecutar cumplidamente la voluntad de su amo, y se informó de los sitios á donde deseaba ir. Nombré á Jerusalem y la Judea — Al oír esto él, sus oficiales, los señores Damiani, los padres del convento de la Tierra Santa en Jafa, que se hallaban presentes, se mostraron atónitos y me dijeron que era cosa imposible; que la peste acababa de declararse, con suma intensidad en Jerusalem, en Belen y en todo el camino, y que la habia hasta en Ramla, primer pueblo que hay que atravesar para ir á Jerusalem; que el bajá acababa de poner en cuarentena cuanto venia de Palestina; que suponiendo que yo fuese bastante temerario para penetrar en ella, y bastante feliz para libertarme de la peste, acaso no podria volver á Siria en muchos meses; que, en fin, los conventos, donde los estrangeros recibian la hospitalidad

en la Tierra Santa, estaban todos cerrados; que no nos recibirian en ninguno, y que era preciso de toda precision remitir á otra época y á una estacion mas favorable el viage que proyectaba por el interior de la Judea.

Mucho me affigieron estas nuevas; pero no alteraron mi resolucion. Respondí al gobernador que, aunque nacido en una religion distinta de la suya, no adoraba ménos que él la soberana voluntad de Alá; que su culto se llamaba fatalidad y el mio Providencia; pero que estas dos palabras diferentes no espresaban mas que una misma idea. ¡Dios es grande, Dios es árbitro! ¡Alá Kerim! — ¡Que yo habia venido de tan lejos, atravesando tantas mares, tantas montañas y tantas llanuras para visitar las fuentes de donde emanó el cristianismo sobre el mundo, y comparar los sitios con las historias; que estaba demasiado adelantado para retroceder y remitir á la inseguridad de los tiempos y de las cosas un proyecto casi realizado; que la vida de un hombre no es mas que una gota de agua en el mar, un grano de arena en el desierto, y no merecia la pena de contarse; que ademas, lo que estaba escrito estaba escrito, y que si Alá queria preservarme de la peste en medio de los apestados de Judea, tan fácil le seria como preservarme de las olas en medio de la tempestad, ó de las balas de los árabes en las orillas del Jordan; que por consiguiente, persistia en mi proyecto de penetrar en el interior y aun de entrar

en Jerusalem, cualquiera que fuese el peligro para mí; pero lo que yo podia decidir de mí, no podia ni queria decidirlo de los demas, y así dejaba á todos mis amigos, á todos mis criados y á los árabes que me acompañaban, en libertad de seguirme ó de quedarse en Jafa, como mas les acomodase: entónces el gobernador puso en las nubes mi sumision á la voluntad de Alá, me dijo que no permitiria que yo me espusiese solo á los peligros del camino y de la peste, y que iba á hacer escoger entre las tropas de la guarnicion de Jafa, algunos soldados valerosos y disciplinados que pondria enteramente bajo mi mando y que protegerian mi caravana durante la marcha y mis tiendas durante la noche, para preservarnos del contacto con los apestados: tambien despachó en el mismo instante un ordenanza al gobernador de Jerusalem, su amigo, para anunciar mi viage, y recomendarme á él: en seguida se retiró. Deliberamos entónces mis amigos y yo, y hasta los criados asistieron á aquel consejo, sobre lo que cada cual pensaba hacer. Despues de titubear un poco, todos unánimemente resolvieron probar la fortuna y correr el azar de la peste, antes que renunciar á ver á Jerusalem. Resolviése la partida para el dia siguiente; acostámonos en las esteras y en los divanes de la sala de M. Damiani, y nos despertamos al son de los gorgoros de las innumerables golondrinas que

revoloteaban sobre nuestras cabezas por la estancia.

Empleamos el dia en pagar las visitas que habiamos recibido, al gobernador, y al superior del convento de la Tierra Santa en Jafa, venerable religioso español que habita esta ciudad desde la época en que vinieron á ella los franceses, y que nos certificó la verdad del envenenamiento de los apestados.

Jafa ó Yafa, la antigua Jofé de la Escritura, es uno de los mas antiguos y célebres puertos del universo. Plinio habla de esta ciudad como de un pueblo antidiluviano. En él fué donde, segun las tradiciones, Andrómeda fué ahrojada en la peña y espuesta al monstruo marino;—donde Noé construyó el Arca;—donde esportaban los cedros del monte Líbano por órden de Salomon, para la construccion del templo. Jonás, el profeta, se embarcó aquí ochocientos sesenta y dos años antes de Jesucristo. San Pedro resucitó aquí á Tabita. San Luis fortificó la ciudad en tiempo de las cruzadas. En 1799, Bonaparte la tomó por asalto y pasó á cuchillo á los prisioneros turcos. En el dia tiene un mal puerto para las barcas solamente y una rada muy peligrosa, como vimos por experiencia en nuestro segundo viage por mar. Hay en Jafa de cinco á seis mil habitantes turcos, árabes, armenios, griegos, católicos y maronitas, cada una de estas comuniones tiene en el pueblo una

iglesia. El convento latino es magnífico, y todavía le estaban hermoseando cuando pasamos; pero no probamos la hospitalidad de aquellos religiosos: sus espaciosas habitaciones no se abrieron ni para nosotros, ni para ninguno de los extranjeros que hallamos en Jafa. Desiertos se están mientras que los peregrinos buscan con afán el abrigo de algún miserable kan turco, ó la oscura hospitalidad de algún pobre techo de un judío ó de un armenio en Jafa.

Apenas sale uno de los muros de Jafa, entra en el gran desierto de Egipto. Decidido entonces á ir al Cairo por aquel camino, hice partir un correo para El-Arich, con objeto de alquilar allí dromedarios para pasar el desierto: así puede andarse el camino de Jafa al Cairo en doce ó quince días, pero ofrece grandes privaciones y muchas dificultades. Las órdenes del gobernador de Jafa y la bondad de los principales vecinos del pueblo relacionados con los Gaza y El-Arich las allanaron considerablemente para mí.

El gobernador nos envió algunos ginetes y ocho peones elegidos entre la gente mas bizarra y atenta del depósito de tropas egipcias que le quedaban: aquella misma noche se acamparon á nuestra puerta. Al rayar el alba estábamos á caballo. En la puerta de la ciudad, por el lado de Ramla, hallamos una multitud de ginetes de todas las nacio-

nes que habitan en Jafa; corrieron al djerid, el redor nuestro, y nos acompañaron hasta una magnífica fuente, rodeada de sicomoros y palmeras, que se encuentran á una hora de camino: allí descargaron sus pistolas para hacernos fiesta y se volvieron al pueblo. Es imposible describir la novedad y la magnificencia de vegetacion que se despliega á ambos lados de este camino al salir de Jafa: á derecha é izquierda, todo es un bosque variado con todos los árboles frutales y todos los arbustos floridos del Oriente. Este bosque, dividido en compartimentos por setos de mirtos, de jazmines y de granados, está regado por arroyos emanados de las hermosas fuentes turcas de que he hablado. En cada una de aquellas cercas se ve un pabellon abierto ó una tienda, bajo los cuales la familia que los posee va á pasar algunas semanas en primavera ó en otoño: tres estacas y un pedazo de lienzo forman una quinta para aquellas felices familias. Las mugeres duermen sobre esteras ó almohadones bajo la tienda, y los hombres á cielo raso bajo la bóveda de los limoneros y de los granados. Los melones, las sandias, los higos de treinta y dos especies que abundan en aquellos sitios encantados, abastecen las mesas; apenas se añade de cuando en cuando á estos manjares un cordero criado por los muchachos, y del que se hace, como en los tiempos de la Biblia, el sacrificio en los días solemnes. Jafa es el punto de todo